

Reflexiones en torno  
a las revistas estudiantiles:

# *Conciencia*

[2000-2002]

*un artículo de Gerardo Martínez Delgado,  
Evelia Reyes Díaz y Juan Luis Delgado Macías*



Hace ya varios meses que en medio de pláticas informales, en algún encuentro académico o por internet, se nos ofreció a los otrora editores de la revista *Conciencia* –publicada por estudiantes de historia en la Universidad Autónoma de Aguascalientes– participar con un artículo para *Takwá*,<sup>1</sup> revista que, a su vez, tuvo un significativo papel como foro de expresión de los estudiantes de historia de la Universidad de Guadalajara. Lo que teníamos que hacer era, ni más ni menos, y valga la expresión, un *examen de conciencia*, asunto de por sí difícil, pero complicado por ser una confesión pública, en el que, corremos el riesgo en algún momento de auto alabarnos. Finalmente, nos animamos y presentamos ahora este sencillo texto en el que buscamos que, lejos de las complacencias narcisistas, podamos aportar la narración de nuestras experiencias al frente de una revista estudiantil, y las reflexiones que de ellas se desprenden, para motivar un debate sobre la función, las formas de trabajo, los problemas y todo lo concerniente a este tipo de proyectos, y en el mejor de los casos, para provocar en uno que otro lector la inquietud de emprender en su universidad o en su ámbito estudiantil un sueño como el que en *Conciencia* nos atrevimos a soñar, motivados en buena medida, por cierto, por la experiencia de un proyecto similar que nos antecedió dos décadas.

<sup>1</sup> Nota del consejo editorial: Este artículo, sin embargo, no pudo ser publicado en *Takwá*. El consejo editorial de *Grieta* decidió retomarlos para su publicación por parecerle importante discutir temas referentes a la creación de espacios estudiantiles de divulgación.

Había una vez en una universidad un grupo de imberbes estudiantes que iniciaban su carrera profesional: Historia. Cada uno de ellos tenía una noción muy propia de lo que representaba su universidad, su carrera y el universo de Clío, pero había algo en ellos que los empezó a unir, y no sólo el hecho de estar conviviendo en las mismas aulas universitarias, se trataba más bien de una fuerte inquietud de rebasar, en la medida de sus posibilidades, las actividades que en los salones de clases estaban aprendiendo. Sentían una necesidad por no quedarse única y exclusivamente con lo que los maestros les enseñaban en las sesiones ordinarias, sino que más bien había que –y lo veían como una especie de obligación– buscar

otros medios extraordinarios, por los cuales pudieran desarrollar las habilidades propias del historiador.

De pronto a uno de estos estudiantes se le ocurrió la genial idea de hacer una revista estudiantil, lo que representó el medio más adecuado para encaminar nuestros objetivos.

Así, comenzaron las reuniones. La primera se efectuó allá por el otoño de 1999. Al principio eran juntas de casi dos decenas de estudiantes de historia y alguno que otro de sociología; sin embargo, era lógico que tantas opiniones y tanta gente pretendiendo intervenir en un proyecto en ciernes hacían imposible la labor, por lo que pronto se cerraron filas y un grupo mucho más reducido se echó a sus espaldas la tarea de emprender las acciones necesarias para dar a luz la publicación. Finalmente, se conformó un consejo editorial, integrado por cuatro estudiantes –dos de cuarto semestre y dos más de segundo– y un comité de apoyo, formado con la doble intención de no excluir a ningún interesado y de sostener una base más plural de participación.

Vale la pena abundar sobre este grupo de apoyo. La idea que se empezó a madurar al paso de los meses fue que el esfuerzo quedaba limitado con la simple publicación: había que aprovechar la oportunidad para que la labor editorial incluyera la lectura y discusión previa por parte de todos los integrantes, es decir, funcionar no sólo como un foro escrito, sino promover una especie de sesiones de estudio donde discutiríamos los textos, sus temas, los aspectos teórico–metodológicos, los aciertos y los errores de los autores, en un afán de fomentar la crítica, el debate y el enriquecimiento mutuo entre autores y lectores.

Honestamente, esta «segunda función» de la revista nunca se pudo concretar como hubiéramos deseado. Pronto se evidenció el desinterés de algunos compañeros, y llegados los «primeros éxitos editoriales» se

manifestaron inconformidades, envidias y, desde luego, una desunión que curiosamente nunca rompió con la amistad, pero mantuvo siempre tensiones en el desarrollo de la revista.

Recién formado el consejo editorial, sus miembros se avocaron a hablar con personas para pedir asesoría, a buscar patrocinadores, colaboradores, a leer y analizar otras revistas, a escribir, pero sobre todo, y lo más importante, a fortalecer la organización por medio del consejo editorial, en el que sus cuatro miembros tenían una participación constante y equilibrada.

Tuvieron que pasar seis meses de preparativos y organización para lograr sacar a luz el primer número, en mayo de 2000. El primogénito resultó ser el más humilde de los que habrían de llegar, además de que tuvo muchos errores en la edición y la ortografía. Sin embargo, ahora que seguimos leyendo y revisando esa primera impresión y le seguimos encontrando fallas, reconocemos que era absolutamente necesario publicarlo, pues si no salía éste, no salían los demás. Esta era la única manera de someternos a la crítica -la cual, en muchas ocasiones, es lo que detiene la realización de proyectos de esta naturaleza, no por la crítica misma, sino por el miedo a ésta-, y así ver cosas que desde dentro no podíamos darnos cuenta, es más, aspectos que ni siquiera nos imaginábamos que estuviéramos haciendo mal.

En esta publicación trimestral -periodicidad que se cumplió durante toda la vida de *Conciencia* - cada número superaba por mucho al anterior, era como un objetivo no escrito, ni siquiera postulado oralmente por alguno de los miembros, simplemente cada edición se trabajaba más que la anterior.

Después del nacimiento del segundo número también nació la primera gran enemistad. De hecho, desde la publicación del primero

surgieron personas (autoridades universitarias) a las que no les agradaba que estudiantes comenzaran a buscar un medio de expresión propio y original, les era peligroso que los alumnos, los cuales normalmente siempre habían sido (y aún son) muy pasivos y no representaban problema alguno para el *establishment*, empezaran a pensar por sí mismos. Cosa curiosa porque nuestro objetivo principal no era poner en duda la capacidad de las autoridades para llevar los destinos de la universidad, sino que nosotros tratábamos de crear un laboratorio en el cual pudiéramos poner en práctica todas las habilidades que un historiador debe desarrollar. Fue con esta primera reacción de las autoridades principales del Centro de Ciencias Sociales y Humanidades (CCSyH) que empezamos a ser más críticos y a fijarnos mucho más en la forma en que estas personas trabajaban.

Las autoridades del CCSyH fraguaban la imposición de un reglamento por el que nos señalarían pretensiones tan absurdas como las de restringir nuestro tiraje a no más del doble de la población de la carrera; impedir que abordáramos reflexiones o críticas refiriéndonos a la universidad, sus autoridades, y los gobiernos locales y nacionales; por si fuera poco, deberíamos presentar el contenido a alguna persona designada por el decanato antes de imprimir, es decir, se adjudicaban el derecho de censurarnos.

Graves problemas se suscitaron entre el decanato de este centro académico y nosotros los miembros del consejo editorial de la revista *Conciencia*, al grado de haber ocupado por un par de semanas espacios en las portadas de dos periódicos de circulación local, en los cuales se denunciaba, por nuestra parte, la intención del decano de limitar lo más posible la libertad de expresión.

Este atentado contra el libre pensamiento y su manifestación

pública vino a confirmar que, como en muchos otros casos y paradójicamente, la universidad va a la zaga de la sociedad, despreocupada de su importantísima función de marcar la pauta, innovar, llevar la vanguardia en todos los campos y aportar, tras largas jornadas de estudios, de discusiones y de investigaciones hechas bajo los más rigurosos métodos, los descubrimientos, la tecnología y las ideas que conducen a su comunidad a conocerse mejor, a conducirse, administrarse y convivir con las formas más adecuadas.

Del *affair* resultó que de pronto *Conciencia* se conoció en casi toda la universidad, y en algunos círculos políticos y culturales de la ciudad. Por supuesto que esto fue muy benéfico para nosotros, aunque la inesperada publicidad requería de un mejor trabajo, pues si para la publicación de los dos primeros números habíamos trabajado horas extras, para los que venían se necesitaba aumentar el tiempo de trabajo.

Fue éste un tiempo difícil y de reacomodos: salió uno de los miembros del consejo editorial (poco después se incorporó un nuevo elemento); empezamos a imprimir en talleres comerciales y a nuestra cuenta y riesgo, pues durante los dos primeros ejemplares fuimos apoyados en este renglón por el periódico *Página 24*, y, a pesar de esto, el proyecto lejos de morir se fortaleció, mejoró la calidad de diseño, edición y contenido, creciendo en número de páginas de 48 a 64 (y después hasta 76), y en tiraje desde 500, luego 750, para el tercer número 1000 y, a partir de entonces, a 1200 ejemplares.

El costo siempre fue meramente simbólico: comenzó siendo de dos pesos, luego se aumentó a tres y quedó en cinco pesos. En realidad, no nos interesaba en absoluto obtener utilidades, más bien queríamos dar a conocer nuestro producto y promover la difusión de materiales académicos, intelectuales y de opinión que llegaran a todos los

universitarios y a la sociedad entera.

De hecho, la revista llegó a convertirse, sin que nosotros lo supiéramos en ese momento, en un material de consulta para ciertas personas, de lectura placentera para otras, e incluso en algunos casos tuvo cabida en discusiones de café entre compañeros de otras licenciaturas y de otras escuelas.

Sin pretenderlo en un principio, la situación nos fue llevando a salir del ámbito universitario, y buscamos ampliar nuestro público y también nuestros temas; entonces no sólo escribíamos acerca de nuestra actividad o intereses como estudiantes, no sólo publicábamos artículos académicos sino que incrementamos el número de las críticas y nuevas propuestas sobre el acercamiento de los académicos hacia el resto de la población. A partir de ahí, *Conciencia* dejó de ser conocida únicamente en la universidad y comenzó a distribuirse en algunos puestos de revistas de la ciudad y a tener contacto con otras instituciones fuera del estado.

Desde el número seis se formó un *dossier*, en el que conjuntamos una serie de artículos con una misma temática, inaugurando esta sección con un debate sobre la protección del patrimonio histórico arquitectónico de Aguascalientes, defendiendo la arquitectura y traza original de la ciudad, a propósito y contradiciendo los intereses del entonces presidente municipal, quien pretendía (y logró) destruir algunas casas de importante valor histórico y arquitectónico, con el supuesto argumento de mejorar la vialidad en el centro de la capital. En este número participaron varios personajes de relevancia política y académica de la ciudad: directores de instituciones, conocedores del tema y literatos escribieron para nuestra revista. A pesar de todo esto, las viejas construcciones finalmente fueron destruidas una noche fría ante nuestras decepcionadas miradas.

Tras el enfrentamiento con estas y muchas otras vivencias nos

dimos cuenta que los únicos capaces de terminar con este proyecto estudiantil éramos nosotros mismos, es decir, llegó un momento en que nos convertimos en nuestro más complicado enemigo. Ni siquiera la cuestión monetaria nos afectaba tanto, pues aunque durante toda la historia de la revista esto fue un serio problema, nunca faltó un buen patrocinador que nos aliviaba en nuestro constante dolor financiero.

Para los números ocho al diez se incluyó un portafolio, con lo que dimos cabida a un nuevo tipo de expresión y a un abanico de participantes más amplio, pues nos llegaron fotografías de estudiantes de diseño gráfico, de comunicación y hasta de biología.

Otra forma en la que aumentaron las participaciones fue gracias a la difusión alcanzada por la página web de la revista, mediante la que se conocieron los contenidos en muchos lugares del país, e incluso interesaron a varias personas en el extranjero que quisieron participar publicando sus ensayos, artículos, poesías y demás. Asimismo, el intercambio con revistas de estudiantes de historia del país se hizo cada vez más constante.

Finalmente, esto tenía que terminar, fundamentalmente porque los que empezamos con la inquietud y la desarrollamos –no sólo a través de la revista sino continuando en la búsqueda constante de otros medios de expresión tales como programas de radio, encuentros, coloquios, concursos de recuperación de testimonios populares, etcétera– dejamos de tener el carácter estudiantil bajo el cual se concibió el proyecto. Desafortunadamente, no encontramos a nadie de los compañeros de generaciones más jóvenes con la inquietud, las ganas, deseos e ideales similares a los nuestros y en los que se fundamentó la revista, pues, salvo contados casos, sus integrantes se mostraron desde un principio como el común de los jóvenes universitarios: apáticos y desinteresados en su entorno y en el futuro de su profesión.

La revista nos dio a los que participamos en ella una serie de conocimientos, habilidades, experiencias y momentos gratos que difícilmente pudiéramos haber obtenido en las aulas de clase; nos demostró con creces, como nos advirtió un maestro al inicio de la aventura, que una actividad como la edición de una publicación nos daría madurez, y que valió la pena aprovechar una de las pocas oportunidades que se tienen en la vida para hacer lo que a uno le gusta, sin tener que rendir cuentas a nadie.

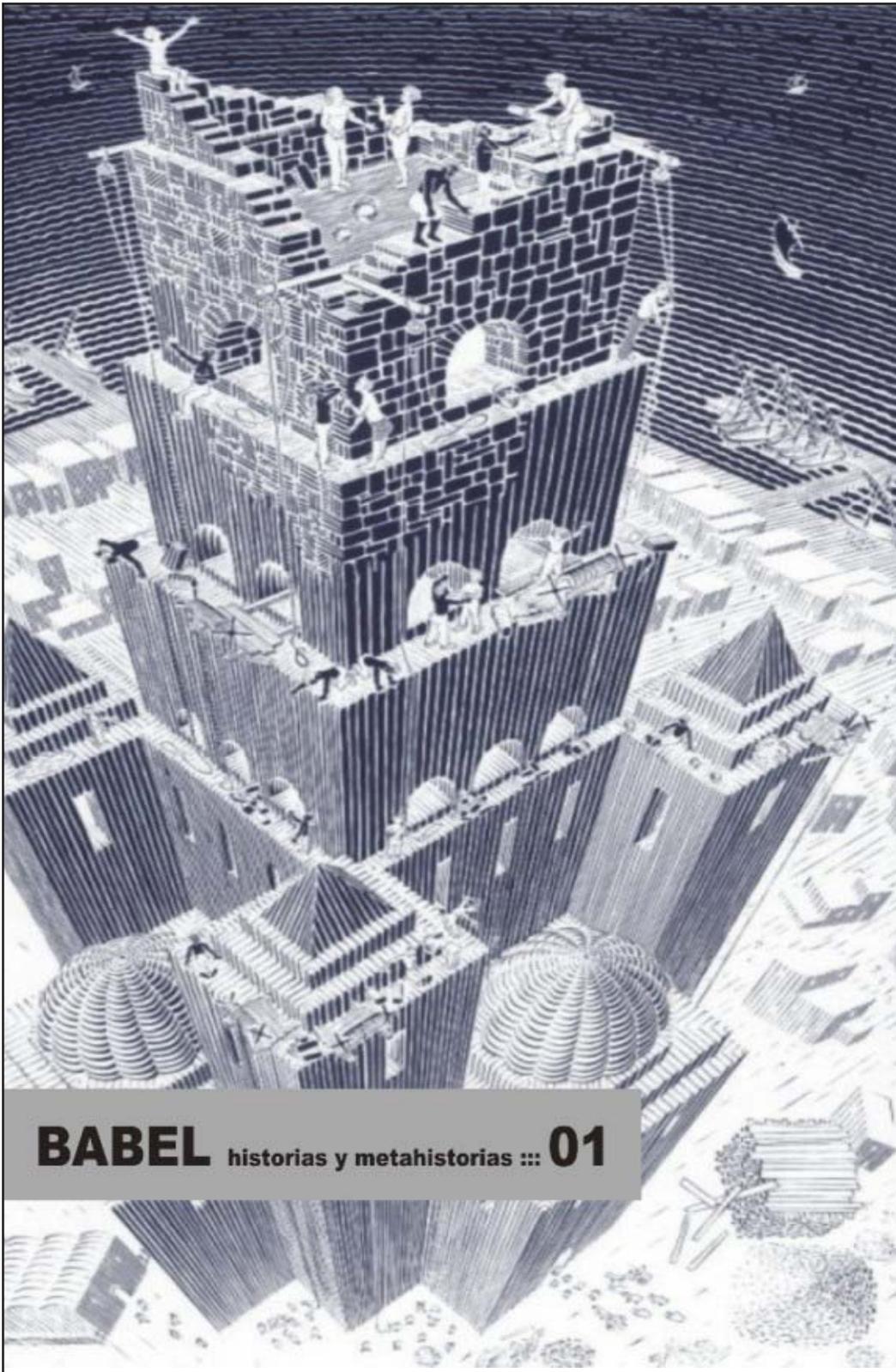
Igualmente, logramos (así haya sido de manera mínima) evidenciar que la historia no es sólo de y para un grupo exclusivo, sino que es algo común que deben compartir estudiantes, intelectuales, políticos y la sociedad entera; también nos interesamos en difundir la propia historia, la memoria colectiva y la denuncias de las irregularidades en nuestra universidad, en los archivos públicos o en las acciones de gobierno; defendimos nuestros intereses como estudiantes y ciudadanos y, sobre todo, quisimos publicar un producto de calidad.

*Conciencia*, como casi todas las revistas estudiantiles, tuvo muchas debilidades para lograr que su voz fuera escuchada y para mantenerse en la palestra. Frecuentemente se le vio con desprecio (incluso por algunos compañeros), se pensó –y se sigue pensando– que los jóvenes universitarios no teníamos nada que decir, o simplemente se cerraron algunas puertas para obtener apoyos de financiamiento.

A pesar de todo, nos queda claro que es la convicción de hacer algo, la comunión de ideas –en términos generales– entre un grupo de estudiantes, y el empeño que ponen cada uno de sus miembros, sacrificando muchas horas de diversión e incluso de trabajo o estudio formal, con el sólo objeto de tener y ofrecer un espacio de expresión libre, un laboratorio donde se aprendan los diferentes aspectos de la profesión,

- 105-

lo que se traduce en la máxima fortaleza de una revista estudiantil, lo que la hace ser y permanecer, sorteando los desprecios y las debilidades que aparecen inevitablemente en el camino.



**BABEL** historias y metahistorias ::: **01**

**búscala cada 4 meses en**  
[www.limbo.org.mx/babel.htm](http://www.limbo.org.mx/babel.htm)